

Los viajeros italianos en la Argentina

Uanni Blengino

Abstract

El presente ensayo propone el análisis de un corpus de textos de viajeros italianos en la Argentina de finales del siglo XIX y principios del XX. En comparación con otros viajeros europeos (franceses, ingleses), en cuya visión se percibe la presencia de un “nosotros” nacional ya desarrollado, en el caso de los italianos se evidencia una situación paradójica: pertenecen a una de las naciones europeas más jóvenes que, al mismo tiempo, es considerada como la más rica en historia y tradiciones entre las del resto del continente.

Palabras clave: Argentina – literatura de viaje – viajeros italianos

Abstract

This paper proposes an analysis of a corpus of texts from Italian travelers in Argentina during the late nineteenth and early twentieth centuries. Compared with other European travelers texts (French, English), which shows an already developed sentiment of national community, the case of Italians is paradoxical: they belong to one of the youngest nations which, at the same time, is considered the richest in history and traditions among all other European countries.

Key words: Argentina – travel literature – Italian travelers

Un país demasiado viejo, una nación demasiado joven

Son numerosos los viajeros europeos que desde el siglo XIX hasta comienzos del siglo XX escriben sus impresiones sobre la Argentina. Entre éstos, los más conocidos son los viajeros ingleses y franceses. Sus escritos exploran y revelan a sus lectores –siguiendo distintos objetivos– aspectos de la realidad de un país distante, pero con el que existen relaciones de diversa naturaleza que van desde el comercio hasta la exploración científica.

A pesar de las diferentes personalidades, motivaciones e intereses, tanto los ingleses como los franceses son percibidos como “conjunto” nacional de escritores, es decir, como portadores de un punto de vista nacional común: la presencia de un “nosotros” (tácito) francés o inglés organiza la escritura que explícita o implícitamente realiza una confrontación con el continente americano.

Alfred Ébélot (1839-1920), uno de los ingenieros responsables de la construcción de la zanja propuesta por el ministro Alsina, cuando describe su sorpresa ante el espectáculo que ofrecen los indios cabalgando a distancia con sus malones, no duda en pasar del “yo” al “nosotros”: “Un sentimiento muy particular es el que se apodera de un francés de nuestro siglo crítico, razonador y libremente pedante, cuando se halla en presencia de auténticos salvajes”.¹

El “yo” inglés o francés presupone el “nosotros” en cuanto conjunto de categorías –políticas, culturales– consolidadas que cuenta con profundas raíces seculares. El “nosotros” privilegia obviamente al interlocutor nacional. El “vosotros”, el “ellos” argentino, latinoamericano, es un sujeto que está construyéndose, y a su definición no es ajeno el escritor europeo que lo describe. No es casual, más bien es consecuencial, que se trate de Inglaterra y Francia, las naciones política y culturalmente hegemónicas en aquellos años. Un caso especial es el de los escritores españoles que, por obvias razones de comunidad lingüística e histórica, mantienen un vínculo especial con los países hispanoamericanos.

En cambio, los viajeros italianos que escriben sobre la Argentina a caballo de los dos siglos, y que son tan numerosos como los otros viajeros europeos, no poseen una identidad nacional consolidada. Su situación tiene aspectos paradójicos. Pertenecen a una de las naciones más jóvenes –medio siglo más joven que muchos países latinoamericanos y casi un siglo más joven que los Estados Unidos–, pero más rica en historia de todas las naciones europeas. No obstante,

¹. Ébélot, Alfred, *Relatos de la frontera*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968. Para la bibliografía sobre los viajeros ingleses ver Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996. Ver también Torre, Claudia, “Relatos de viajeros”, en Schwartzman, Julio (dir. vol.), *La lucha de los lenguajes*, vol. 2 de Jitrik, Noé (dir. gral.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2003.

es destacable su incidencia sobre la literatura argentina (baste recordar la traducción de Dante de Bartolomé Mitre y el teatro neoclásico en los comienzos de la vida independiente del país) y, por añadidura, sobre la cultura, en virtud de la extensa inmigración, y el lenguaje nacional, en el sentido de la original mezcla que alimentó una de las expresiones nacionales más fecundas, el sainete, prácticamente desde la llegada misma de los inmigrantes italianos y su deseo de integrarse, con todas las dificultades del caso, a la sociedad argentina.²

De hecho, Italia es el país que posee la mayor herencia cultural de Europa, el país que se enorgullece de raíces que se remontan a la República romana. De este modo, una serie de sentimientos contrastantes embarga a los protagonistas del *Risorgimento* que luchan por la unidad política de la península. En su ideología toma cuerpo la convicción de una Italia que a partir del Renacimiento fue despojada de sus “supremacías” a favor de otras naciones europeas. Una convicción que tenía sólidos puntos de referencia en los ideales del *Risorgimento*, a los cuales había contribuido el filósofo y estadista liberal Vincenzo Gioberti (1801-1852) cuando en su libro *Del primato civile e morale degli italiani* (1843) sostenía que Italia había dado a todas las naciones cultas de la edad moderna “los gérmenes de su civilización” y que a pesar de la decadencia posterior conservaba estos gérmenes “vivos e intactos”. Si éstas eran las premisas, la nueva nación que se asoma al concierto de las más evolucionadas naciones europeas carga con el lastre del atraso de gran parte del país, dando origen a sentimientos contrastantes que van desde el deseo de ser reconocido por sus méritos al deseo de revancha respecto de países europeos modernos, más evolucionados, que le niegan tales privilegiados rasgos. Una nación, la más antigua y la más joven, por una parte “maestra de civilización”, pero, por otra, atrasada respecto a las naciones más modernas, una oscilación entre dos extremos que no puede hacer otra cosa que crear descompensación. Gramsci, tomando crítica distancia de ese sentimiento, acusa a la elite dirigente italiana de un “particular sectarismo que caracteriza a la mentalidad italiana y que se manifiesta en una cierta manía de persecución, en el creerse siempre juzgados mal y descontentos, en el creerse víctimas de conjuras internacionales, en el creer que se poseen derechos históricos particulares ignorados y pisoteados, etcétera”.³ El victimismo es la consecuencia del desajuste entre lo que se aspira a ser y lo que en realidad se le es reconocido.

“Italia está hecha, hagamos los italianos” es la feliz consigna con la que Massimo d’Azeglio (1698-1866) describe una situación y propone un

2. Ver Berg, María M. y Da Orden, María L., “Discursos de dos mundos. Manifestaciones literarias de los inmigrantes en la Argentina del siglo XIX y principios del XX”, en Rubione, Alfredo (dir. vol.), *La crisis de las formas*, vol. 5 de Jitrik, Noé (dir. gral.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2006.

3. Gramsci, Antonio, *Sul Risorgimento*, Roma, Riuniti, 1959. La traducción es mía.

programa.⁴ La eficacia del dicho reside no tanto en lo que dice, sino en lo que da por descontado, sugiere o deja transparentar. De hecho, se está ante una unidad política, pero que no es una unidad cultural ni social. Tal vez el peor insulto a los ideales del *Risorgimento* fue el que pronunció el estadista austríaco Metternich cuando definió Italia como “una expresión geográfica”.⁵ Se negaba así el derecho a ser una nación al país más antiguo de Europa.

Sin embargo, aun manteniendo las debidas distancias, la fórmula de D’Azeglio no ignora completamente la definición de Metternich. En realidad, admite que Italia está hecha por una elite que se reconoce en cuanto tal, pero a la que no le es ajena una sociedad fragmentada en varias regiones, con marcadas tradiciones locales y en las que está presente en mayor o menor medida una comunidad (en realidad diferentes comunidades) campesina desde muchos puntos de vista atávica. La eficacia de la consigna de D’Azeglio reside en el hecho de que no ignora el arduo camino a emprender para colmar la divergencia de consenso entre una operación de elite aristocrática, burguesa y pequeño burguesa, y la realidad popular de un país que cambia de región en región y que presenta áreas muy atrasadas respecto del resto de Europa. “Cavour nunca pensó que otras partes de Italia pudiesen ser tan diferentes de la región que se encuentra entre Vercelli y Chambery [...]”. Pero también los colaboradores del gran estadista piemontés Cavour estaban “totalmente absorbidos por el problema diplomático de realizarla [la unidad de Italia], y por el problema político de hacerla liberal y monárquica, nadie pensó concretamente esta Italia que de todas maneras nació.”⁶

Entre los muchos escritores extranjeros (Goethe, Byron, Dumas, Shelley, Dostoievski y otros) que escriben sus impresiones sobre el viaje a Italia en la primera mitad del siglo XIX, siguiendo las huellas de los viajeros del XVIII, se destacan algunos que provienen de territorios con nombres en aquel entonces exóticos. Entre éstos, dos argentinos, Alberdi y Sarmiento. En particular este último, que en sus *Viajes* dedica más páginas a Italia que a otros países europeos. Su periplo por Italia es ignorado (con excepción de algunos pocos hispanoamericanistas) en la voluminosa bibliografía italiana sobre el tema. En el ámbito hispanoamericano, más allá del voyeurismo artístico, Sarmiento pone especial énfasis en algunos momentos: la visita al papa, las impresiones sobre la mendicidad en Roma o en Nápoles y la barbarie en los alrededores de la Roma papal. Sin embargo, precisamente por

4. Político, pintor y escritor, en especial de novelas históricas, D’Azeglio es un personaje típico del Risorgimento.

5. Se refiere a Lothar von Metternich (1773-1859), el ministro austríaco de relaciones exteriores fundamentalmente conocido porque organizó en 1815 la “Santa Alianza”, de Austria-Hungría, Rusia y Prusia, que se proponía neutralizar la expansión de la Revolución francesa por Europa y derrotar a Napoleón.

6. Ver Insolera, Italo, “L’urbanistica”, en *Storia d’Italia(5/1) I Documenti*, Turin, Einaudi, 1973.

su condición de hispanoamericano que se confronta continuamente como lector del libro europeo con la experiencia que hace de Europa, capta un aspecto de Italia que más que descuidado, fue ignorado por la crítica. Para Sarmiento, Italia como nación es una idea “libresca”. De hecho, describe muchas Italias diferentes: Génova, la Roma del Papado y el estado pontificio, la Nápoles borbónica, y finalmente la Toscana, la llanura padana y la república de Venecia dominada por los austríacos. Encuentra en Italia una barbarie más bárbara que la de la pampa:

En Baccano nos indicaron que era el último punto desde donde se divisaba la cúpula de San Pedro, y todos los viajeros procuraron decirle adiós en el momento en que se sumergiera entre las ondulaciones de la tierra. La obra de Miguel Ángel ausente, diga Ud. que está en la Mitidja de Argel, menos su cultura de naranjales y granados. Diga Ud. que está entre las más agrestes soledades americanas, en medio de un pueblo semi-bárbaro, rodeado a veces de rebaños de búfalos más salvajes aún que los toros de la pampa.⁷

Algunos días después prosiguiendo su viaje descubre en la llanura padana el futuro que augura para su país, la “pampa más civilización”: “Italia es desde la Romagna hasta la Lombardía un jardín delicioso. Los Apeninos van desapareciendo poco a poco, i dejando ver un país inmenso, una llanura sin límites, sembrada de ciudades, de villas, cubierta de árboles y de verdura. Es la pampa inmensa”.⁸

Sarmiento, muy consciente de las rivalidades regionales, volverá a ocuparse de estas impresiones contrastantes en la polémica con la colectividad migratoria italiana.

La unidad de Italia tan deseada por Cavour, Garibaldi y Mazzini –y a partir de este objetivo prioritario, el conflicto entre monarquía y república pasa a un segundo plano– sigue siendo la construcción de una elite. Sin embargo, no es así. Y es precisamente el viajero italiano que visita América Latina quien se apresta a enfrentarse con la dificultad de borrar siglos de división cultural popular para poder realizar esta deseada unidad.

Se “descubren” los italianos

A mediados del siglo XIX se difunde en Italia el movimiento pictórico de los *macchiaioli*. Entre sus artífices recordamos a Fattori, Borrani, Signorini,

⁷. Ver Sarmiento, Domingo F., *Viajes*, Fernández, Javier (coord.), Colección Archivos, Madrid, 1993.

⁸. Sarmiento, Domingo F., op. cit. Sobre el tema ver Blengino, Vanni, *Il viaggio di Sarmiento in Italia. Analogie, utopie, polemiche*, Roma, Edizioni Associate, 1996.

Pointeau, Cannicci y otros; si bien el centro de la actividad de estos pintores es la Toscana, algunos de sus maestros son franceses, como Courbet, Manet y el joven Degas. De todos modos, no se trata de un fenómeno regional pues el movimiento se propaga y a él adhieren pintores de diferentes procedencias peninsulares. Este movimiento fue considerado al principio como una variante menor del impresionismo. Actualmente, se lo aprecia por su autonomía expresiva que ridiculiza, tal como ocurrió con otros movimientos innovadores, la despreciativa definición acuñada por los pintores académicos de *macchiaioli*, de *macchia* (mancha), con la que habían sido tachados sus artistas.⁹

La modernidad de la técnica de los *macchiaioli*, en continua experimentación de formas y colores, privilegia temas campesinos y sujetos burgueses. Sin embargo, los retratos de la moderna cotidianeidad burguesa ostentan un dinamismo que contrasta con el estatismo del contexto. Los paisajes agrestes y los personajes populares, pescadores, pastores y campesinos, parecen inmunes a la modernidad que los circunda. Los pies descalzos, los brazos robustos de los campesinos, las aldeas inundadas de una luz maravillosa están tan lejos de las evocaciones bucólicas como de la denuncia social; a pesar de los cuerpos agotados por el trabajo, los músculos tensos y el barro que ensucia los pies desnudos, estos hombres constituyen una parte vital del paisaje. Los burgueses, en los retratos de los *macchiaioli*, comunican a su vez una tranquilizadora modernidad similar a la de otros burgueses franceses, ingleses o alemanes. Los burgueses podrían transitar de un cuadro a otro; el vestuario, las poses, las expresiones, los objetos que los circundan son intercambiables, pero no lo son los campesinos, los pastores, los pescadores, los personajes del pueblo que están ligados a la propia tierra, al propio mar, a los propios pastos: pescadores lígures, agricultores toscanos, vaqueros marismeños son parte integrante del propio *locus*, es imposible confundirlos o erradicarlos del propio paisaje. Son elementos estáticos, atributos inconfundibles del paisaje peninsular. No se puede considerar la posibilidad de verlos a todos como un conjunto, lejos del propio contexto y del propio territorio, borrando las huellas de sus diferentes proveniencias regionales, mezclando sus dialectos, sus costumbres, en una metrópoli situada a más de diez mil kilómetros del pueblo o de la aldea donde han nacido. Sin embargo, son estos mismos campesinos quienes están por ponerse en movimiento borrando así los límites geográficos trazados por los *macchiaioli*. Millones están por emigrar, y el viajero italiano que pertenece a las clases más acomodadas los encontrará, lo quiera o no, en su itinerario americano, más allá del océano, en las nuevas metrópolis americanas, y en particular, en Buenos Aires.

Algunas ciudades italianas también están en plena transformación debido a las migraciones internas de los campesinos que se trasladan del

⁹. Bietoletti, Silvestra, *I Macchiaioli. La storia, gli artisti, le opere*, Florencia, Giunti, 2001.

campo a las ciudades más importantes, pero que lo hacen en reducido número. En *Corazón*, el célebre libro de Edmundo De Amicis (1846-1908), que, al igual que *De los Apeninos a los Andes*, tuvo legiones de lectores argentinos, infantiles y adultos, el maestro presenta a los alumnos al pequeño calabrés, hijo de emigrantes en Turín, como una novedad, y el niño recibe el abrazo simbólico de Derossi, el mejor estudiante de la clase, mientras el maestro sella el encuentro diciendo que para que un niño calabrés pudiese estar en Turín como en su casa y para que un niño turinés pudiese estar en Reggio Calabria como si estuviese en Turín, Italia había luchado durante cincuenta años y treinta mil italianos habían muerto.

El espectáculo de la presencia interregional italiana que Buenos Aires ofrece al viajero es impresionante por su capilaridad, por la caótica mezcla de dialectos y por la cantidad de personas implicadas; parece minimizar el episodio de la escuela turinesa de *Corazón*. Desde el otro lado, un observador argentino que asiste con cierta aprensión al aluvión migratorio, evidentemente prejuiciado y con fuerte impronta xenófoba, se turba ante la caótica promiscuidad de lenguas y acentos:

... promiscuidad de tipos y promiscuidad de idiomas. Aquí los sonidos ásperos como escupitajos del alemán, mezclándose impiamente a las dulces notas de la lengua italiana; allí los acentos viriles del inglés haciendo dúo con los chisporroteos maliciosos de la terminología criolla, del otro lado las sonerías y suavidades del francés, respondiendo al ceceo susurrante de la rancia pronunciación española.¹⁰

Pero para el viajero italiano es otra cosa: la primera sorpresa que experimenta es asistir a la propia babel dialectal de la península. Ninguna ciudad en el mundo tiene tal variada presencia regional italiana, y ningún país europeo posee tal riqueza de inflexiones regionales italianas. Si bien al comienzo hubo una preeminencia de emigrantes del norte de Italia (lígures, piamonteses, vénetos y lombardos), pronto serán numerosos los italianos provenientes del centro y del sur, y así quedará construido el cuadro completo de la regionalidad italiana.¹¹ Todos ellos se encuentran en un Buenos Aires que, como producto de una enérgica política inmigratoria, recibe extranjeros a raudales y cuya presencia cambia el aspecto de la ciudad, y en parte del país, desde 1880, aproximadamente, hasta las primeras décadas del siglo xx.

Por su lado, y como manifestación de una mirada discordante, el viajero italiano de primera clase percibe con mucha inquietud la diversidad de

¹⁰. Martel, Julián, *La Bolsa*, Buenos Aires, Estrada, 1946.

¹¹. Ver Cacopardo, María Cristina y Moreno, José Luis, "Características regionales, demográficas y ocupacionales de la inmigración italiana a la Argentina (1880-1930)", en Devoto, Fernando y Rosoli, Fausto, *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985.

estos emigrantes, para no decir el extrañamiento –a pesar de las diferentes reacciones– entre región y región. El estupor se puede traducir en verdadero escándalo al descubrir la ignorancia lingüística de los emigrantes. Como afirma Giovanni Bevione: “Donde la lengua nacional agoniza miserablemente, triunfa el dialecto”.¹²

El hecho es que la mayoría de los emigrantes no habla el italiano y los dialectos son barreras que hacen difícil la comunicación entre ellos y aumentan el extrañamiento entre los sujetos provenientes de las regiones –en particular entre el norte y el sur– precisamente cuando se aprestan, según los otros, los países anfitriones, a considerarlos “italianos” sin distinciones regionales. La pertenencia común les viene impuesta, por lo tanto, desde afuera mientras que desde adentro se descubren extraños entre ellos. Si bien las características regionales cubren aspectos culturales diferentes, vestido, aspecto físico, actitudes, relaciones familiares, etcétera, la imposibilidad de comunicar en la lengua nacional será uno de los principales factores negativos en lo que concierne a las relaciones y será un obstáculo que condicionará culturalmente la presencia italiana en la Argentina. De modo que para superar los límites segregativos del dialecto y para comunicarse con los otros, italianos inclusive, la lengua será el castellano, un castellano rudimentario y aproximativo (con residuos dialectales) que alimentará generosamente el lenguaje popular de Buenos Aires. Por más dignas de atención y de mérito que sean las iniciativas privadas e institucionales de enseñar la lengua italiana a los inmigrantes de la Argentina, resulta inevitable la perplejidad –y los conflictos con las instituciones argentinas– respecto a cómo remediar una carencia de educación que tendría que haber sido enfrentada antes en el propio país.

Las consecuencias negativas de la falta de comunicación lingüística, según Giovanni Graziani, recaen todas sobre los emigrantes: “Los emigrantes nuestros, dirigidos a América, no conocen el italiano: cada uno sabe el dialecto de su región. Un siciliano y un véneto son extraños entre sí”. Las tentativas de los emigrantes de comunicarse en lengua italiana con los viajeros, con sus interlocutores cultos, se tornan a veces embarazosas. Así le sucede al barón Odescalchi con un interlocutor inmigrante: “Empezamos hablando italiano, pero mi interlocutor respondía, insertando en el dialecto nativo tantas expresiones españolas que formaba una mezcla extrañísima e incomprensible, de modo que para entendernos me vi obligado a seguir la conversación en español”.

Sin embargo, el producto de un enredo lingüístico, conocido como *cocoliche*, pondrá en evidencia también la voluntad de comunicar y la posi-

¹².Ver, en particular, Blengino, Vanni, *Más allá del océano. Un proyecto de identidad: la inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, y *La Babele nella pampa. L'emigrante italiano nell'immaginario argentino*, Reggio Emilia, Diabasis, 2005. Todas las citas de los textos de los viajeros italianos pertenecen al capítulo 4 de la traducción de Antonio Bonanno de mi libro *Más allá del océano*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, al cual remito para mayor información.

bilidad de inventar una especie de lengua franca entre hombres que hablan lenguas diferentes. Las reacciones de los puristas argentinos a estos atentados a la majestad de la lengua son previsible.¹³ Sin embargo, así como no todos los escritores argentinos se escandalizan por la presión que las masas alógenas ejercen sobre la propia lengua, y se disponen a sacar ventaja de otros aspectos –por ejemplo, los prolíficos autores de sainetes–, no todos los italianos desprecian el esfuerzo de comunicar a través de este caos lingüístico. Pensemos en la reacción del barón Odescalchi y comparémosla con la de Carlo Emilio Gadda, uno de los más grandes escritores italianos que, veinte años después del barón, está trabajando en la Argentina como ingeniero:

Todo ímpetu o laureles repentinos en la polémica, él salía con un italiano bizarro, medio platense, medio español: más bien era un enredo de su invención, a veces muy feliz. Nuestra estructura sintáctica florecía continuamente en el léxico de Castilla, también deformado. “*Como el perro me vino incontro –así decía– entonces ho montado sopra la vereda*”.¹⁴

El embajador proletario

Una pregunta implícita recorre la relación entre el viajero italiano y la Argentina: ¿por qué el viajero italiano tiene que alejarse miles de kilómetros para descubrir una situación social que le concierne y con la que mantiene un contacto cotidiano? El aluvión inmigratorio italiano tiene la forma de un mosaico, o bien de una convergencia de muchos ríos regionales diferentes en el puerto de Buenos Aires. En el desembarco se invierten paradójicamente las relaciones entre nación y región porque el emigrante es identificado como “italiano” justamente cuando, como decíamos, descubre la dificultad de comunicación entre las diferentes regiones de la península. A su vez, el viajero que pertenece a la burguesía o a la clase media descubre que los italianos son muy diferentes entre ellos, una constatación que todos hacen, aunque no todos reaccionan de la misma manera.

El desamor entre los italianos en el extranjero es un fenómeno doloroso, pero innegable. No es solamente a los Estados Unidos que los italianos ofrecen un feo espectáculo: en esa parte de la América ecuatorial que he visitado, no se

¹³. Ver Di Tullio, Ángela, “Organizar la lengua, normalizar la escritura”, en Rubione, Alfredo, *La crisis de las formas*, op. cit.

¹⁴. Gadda, Carlo Emilio, *Le meraviglie d'Italia*, Milán, Garzanti, 1993. La traducción y la cursiva son mías. Sobre la estada de Gadda en la Argentina no se sabe mucho; es interesante como reconstrucción narrativa *Indí*, de Enrique M. Butti, Santa Fe, 1993.

trata de anarquía, sino de una gangrena diferente: de un individualismo mezquino y vulgar.

Así Gemma Ferruggia alude al tema. También Luigi Bertora dei Pedevilla lamenta la falta de solidaridad entre italianos. Ausonio Franzoni es muy explícito al respecto: “Es por nuestra misma culpa y por nuestro mismo ejemplo, también, que el hecho o la suposición de que se pertenezca a una antes que a otra región de Italia suene para nuestros anfitriones, tal vez menos que para nosotros, como título de escarnio o de desprecio”.

Son las miserias regionalistas que Filippo Ugolotti destaca en la colonia italiana en Brasil: “Nuestra debilidad es la ausencia de todo prestigio nuestro, seguimos destruyéndonos en la mezquindad y en las antipatías personales, llevando al extranjero incluso nuestras miserias regionalistas”.

Las expectativas y las reacciones de los viajeros respecto a la inserción del emigrante en tierra argentina pasan de un extremo a otro. Hay una alternancia de opiniones, desde el optimismo hasta el pesimismo, que revela la complejidad del fenómeno, su variado carácter, pero también la diferencia de puntos de vista, para no decir su confusión, que remite a la falta de un sólido consenso de identidad nacional que sirva como punto de referencia para constituir un “nosotros” italiano equivalente a un “nosotros” francés, inglés o español. Así Cesarina Lupati escribe:

Cuando se me pregunta qué impresión da Buenos Aires en un primer examen, debo responder: la impresión de no habernos alejado nunca de Italia... Esta ciudad, que se parece un poco a todas nuestras ciudades, y en la que todo exiliado encuentra una persona que lo comprende y le habla en su lengua, en realidad en su dialecto; esta ciudad que ha adoptado lo mejor de cuanto poseemos; que a cada momento nos presenta un nombre conocido en la firma de una empresa, una figura conocida en los afiches publicitarios [...] nos parece más cercana a Milán, a Turín, a Génova de cuanto lo están ciertas pequeñas ciudades ubicadas del otro lado de los Alpes.

La inserción de los inmigrantes contribuye a proponer en tierra argentina una gran metrópoli que conserva algo de las tantas y diferentes ciudades italianas. Hay una corriente de verdadero entusiasmo por esta nueva Italia que se va construyendo en la ribera del Plata y son numerosos los testimonios de admiración. Así a Luciano Ostani, el viaje al Plata le reserva una sorpresa agradable: “Se me presentó el espectáculo consolador de una nueva Italia que prospera floreciente”. No se aleja de tal conclusión Giuseppe Boschi, que expresa su entusiasmo por la Argentina: “una tierra rica y hospitalaria encierra una nueva Italia”. Para Antonio Franceschini se trata de la materialización de un sueño:

Es en América del Sur donde nuestro pueblo de agricultores va formando lentamente una nueva Italia, si bien al costo de dolores, de sufrimientos y de ilusiones muy largamente ignorados en la madre patria. Y en la América del Sur va formándose esa *Italia austral* que Cristoforo Negri soñaba unida a nosotros, si no por comunidad de cetro, por el vínculo más tenaz y más útil de intereses concordados.

Y Mariano Ferro insiste en el optimismo: “Entonces meta más digna que cualquier otro país es para todos Argentina, en especial para nosotros los italianos, que podemos considerarla nuestra segunda patria”.

Pero el optimismo sin vacilaciones coexiste con el pesimismo sin matices. Así, para Giovanni Bevione: “Los italianos podrían y deberían ser todo en Argentina. Y sin embargo deben sufrir el ridículo orgullo de estos descendientes de españoles e indios”.

Se trata para Giovanni Graziani de una subversión de valores entre los verbos *ser* y *tener*:

El mal es este, que en la lengua de los hijos del país se ha producido una inversión gramatical entre los verbos *ser* y *tener*. Los italianos que trabajan, que son el instrumento original de la producción, tienen el perjuicio de serlo y también las befas; los *hijos del país*, que *tienen* la propiedad de la tierra, que gozan de la buena suerte de leer siempre en su libro mayor la mágica palabra *tener*, devoran los frutos del sudado trabajo de los nuestros.

Esto sucede porque los emigrantes no tienen conciencia de la propia dignidad; una dignidad que no debe entenderse por su pertenencia a una clase sino a una nación: “El culto por la gran Italia, señora en una época, fuerte y temida por tres continentes, hogar de esa civilización que ella irradió luego hacia las naciones modernas”.

Pero ahora estos campesinos se mueven en masa. Y algunos viajeros manifiestan su preocupación. Los juicios más severos sobre el espectáculo que ofrecen los emigrantes italianos son los de un político que visita Brasil, Ferruccio Macola: “Cuando pienso que los más corruptos de entre estos miserables terminarán más tarde en los suburbios de las capitales de las dos Américas, y andarán con sus niños demacrados por las calles de ciudades y de pueblos, tañendo guitarras...”.

El sur representa entonces el flanco débil de la inmigración italiana, con mayor razón si se piensa “en esos pequeños napolitanos, esos calabreses, abruceses encorvados sobre el polvo de las calles lustrando los zapatos de cualquier canalla negro, desde hace poco autorizado a calzar botas”.

Se puede entender la reacción negativa de Macola si se piensa en el rol que según él la emigración tendría que asumir: “Nosotros no tenemos derecho al nombre de gran nación, no tenemos derecho al orgullo de los pueblos

civilizados, si los nuestros que llegan al exterior hacen ver con la miseria de su persona que Italia es la China de la vieja Europa, no la tierra de un pueblo que desciende de los dominadores del mundo”.

De modo que no se puede rechazar la emigración ya que es un mal inevitable, pero ésta debe ser protegida, organizada mejor “no solo con fines humanitarios, sino desarrollada con fines políticos y económicos, ya que la emigración debe considerarse como vanguardia de futuras colonias, casi exclusivamente italianas”.

Podríamos continuar con estos altibajos de impresiones respecto de la inserción de los inmigrantes que van de un extremo a otro de la desilusión al entusiasmo. Pero lo que interesa subrayar una vez más no es el hecho de que se registren opiniones contrastantes, sino más bien lo que ellas revelan: que el descontento o la satisfacción en relación con la inserción de estos inmigrantes por parte del viajero se mide a través de los propios objetivos y de las propias expectativas que carecen de un sólido punto de referencia nacional.

La presencia del inmigrante en cuanto sujeto masivo no sólo ofrece emociones fuertes al viajero de fines del siglo XIX que asiste al “espectáculo” (palabra recurrente) de sus hazañas o de sus fracasos sobre el escenario argentino, sino que el punto crítico es justamente el hecho de que el mismo viajero termina implicado en esa representación. En realidad, no se esperaba que el espectador fuese obligado o en cuanto tal incluido, aunque en forma solapada, en el drama o la comedia que estos trabajadores, y entre ellos muchos miserables y analfabetos, representan. Pero la implicación emotiva es inevitable en cuanto se juega el propio prestigio nacional. Porque de esto se trata: del hecho de que se juzga la joven nación o el glorioso pueblo lleno de primados a través de estos proletarios. Mientras que el concepto que se tiene de los ingleses, los franceses, los españoles es preexistente –prescinde de su inmigración– los italianos, los burgueses inclusive, ven que su prestigio está en manos de estos ciudadanos proletarios.

Este sujeto, designado con un término ambiguo (e/in/migrante), lo quiera o no, es responsable, tiene en sus manos el prestigio del presente del propio país. Existe una notable analogía en este sentido con lo que sucede en la ficción literaria: el inmigrante en la Argentina, en particular el inmigrante italiano, se vuelve un sujeto polimórfico sobre el cual los escritores argentinos construyen previsiones acerca del propio país. La literatura argentina de aquellos años, desde la novela al teatro, consagra al hijo argentino del inmigrante como depositario del futuro (en el bien o en el mal) de la Argentina. Curiosa suerte la de esta masa de hombres que portando un proyecto completamente individual desembarca con la ilusión de mejorar con el trabajo la propia condición económica y a la que se le termina atribuyendo una enorme y bifronte responsabilidad: la del prestigio del presente italiano y del futuro argentino.

Vistos de cerca los campesinos son feos

El sentimiento común del viajero italiano es la “sorpresa” ante el “espectáculo” que ofrecen los propios compatriotas y, como hemos visto –y también como sucede en la literatura argentina–, esa misma “representación” no desalienta interpretaciones diferentes y a veces contrastantes. En un pasaje de una carta del más grande narrador italiano de fines de siglo, el siciliano Giovanni Verga, consciente de la compleja relación con estos sujetos escribe:

A propósito [del tiempo], aquí tenemos uno espléndido hasta ahora (lo veo desde la ventana) que la haría verdaderamente enamorar del aire dulce y apacible y de la vida contemplativa del mundo campesino; de los campesinos no, porque a éstos se los debe mirar desde lejos, y a través de ciertas lentes, para no hacer caer el alma a los pies y las ilusiones.¹⁵

Éstos son campesinos que no se miran a través del filtro de la literatura. Verga vuelve a proponer un mecanismo de articulación entre distancia y proximidad con el “otro” que es muy familiar en la historia de los países americanos de la segunda mitad del siglo XIX. El otro, el marginal es hermoso visto desde lejos, pero feo visto de cerca. Así ocurría con los indios durante la conquista del desierto: eran hermosos vistos desde lejos con sus malones cabalgando en la pampa; de cerca eran feos, sucios y hediondos. Esos campesinos concretos que no son vistos a través de una laboriosa gestación literaria, como en el caso de Verga, hacen “caer el alma a los pies” y también las ilusiones. Por otra parte, en la otra orilla, en territorio americano, se propaga en el ensayo y en la obra literaria de algunos escritores y políticos la desilusión ante el inmigrante real, el inmigrante concreto que no es el inmigrante “esperado” teorizado por Sarmiento y Alberdi.

Sin embargo, hay quien corre el riesgo de acercarse, y acepta el desafío de describir al campesino, al pescador y al proletario emigrante. Edmundo De Amicis había entendido que el viaje del emigrante era algo más que el embarque y el desembarque. Tanto es así que en su libro *Sobre el océano*, el embarque puede hacer las veces de prólogo y el desembarque de epílogo, pero el viaje constituye el núcleo de la narración. Y es precisamente sobre aquella suspensión de identidad (entre e/migrante e in/migrante), entre tradición atávica y futuro incierto, sobre aquella pausa que presagia malestares, fatigas y dificultades de comunicación que el escritor desea indagar. La nave, con el transcurso de los días, se le presenta como un microcosmos de la sociedad italiana en

¹⁵. Carta citada por Alberto Asor Rosa en *Letteratura italiana*, vol. XIII, Turín, Einaudi, 2007. La traducción es mía.

la que aristócratas, burgueses, clase media, proletarios y campesinos viajan todos juntos, aunque apenas se rocen, representando un ejemplo tangible y a veces dramático de esta Italia que hace pocos años ha logrado la unidad. Los objetivos de estos viajeros no podrían ser más diferentes: los primeros saben perfectamente lo que buscan en el país de destino, pueden decidir el período de permanencia, poseen una lengua común e identidad; los otros no saben cuándo volverán y no saben comunicarse entre ellos. La jerarquía social de las clases se acentúa, el burgués reencuentra el propio *locus* en la comodidad de la cabina, en el salón de primera clase donde encuentra a sus pares, luce ropa elegante y, cuando puede, entabla conversaciones brillantes; la nave es para él un lugar internacional donde se come bien.

Lo testimonia el profesor Angelo De Gubernatis cuando visita la Argentina donde realizará un ciclo de conferencias:

“Colación: sopa a la real; *caponata*, pollo; pescado a la parrilla; riñones trufados; costilla de ternera con papas fritas; *Dessert*; café. Almuerzo: ravioles al jugo; antipasto; ternera primavera; galantina belvedere; espárragos al natural; pavo asado con ensalada con vino Barolo; dulce: *gateau* a la italiana, con vino champagne nacional; *Dessert*: helados, café”. El profesor está satisfecho del menú pero no se abstiene de una conclusión crítica: “el trato que se da a los pasajeros a bordo de nuestras grandes naves mercantiles no es, por entonces, mezquino”, pero “el vino ordinario de mesa deja que desear”.

El burgués reconoce el propio ámbito en un pequeño mundo que exalta sus símbolos, desde la mesa puesta a los uniformes de los camareros y los bailes, mientras que descubre la pobreza y la miseria que lo circundan en la propia patria, y en el nuevo contexto termina por hacer resaltar la propia superioridad de clase. En la tercera clase, la miseria es más evidente que en la patria, los pasajeros no tienen un jergón y un techo como en sus casas, comen mal y están amontonados y expuestos a la mirada de los otros; los campesinos lejos de las propias raíces han perdido definitivamente la fascinación del “paisaje campesino”.

El viaje de De Amicis, tal vez el más conocido de los escritores que visitan la Argentina, no se mide por millas en la travesía del océano desde Génova hasta la Argentina, sino por metros en la distancia que separa la primera clase de la tercera, donde el escritor deberá enfrentar “sin filtros” a los campesinos concretos que inquietaban a Verga. Durante una semana De Amicis observa, desde la primera clase, el espectáculo de la tercera, para decidirse luego a aproximarse al escenario.

Entre la multitud densa y negra se veían pasar largos gorros azules de aldeanos, sobres verdes de mujeres calabresas, anchos sombreros de fieltro de cam-

pesinos de la alta Italia, cofias de montañeses, papalinas rojas, *italianelli*, coronas de alfileres de aldeanas de la Brianza, y cabezas blancas de viejos y negras cabelleras salvajes y una variedad admirable de rostros cansados, tristes, risueños, atónitos, siniestros; muchos de los cuales hacían creer que era verdad que la emigración se lleva fuera del país los gérmenes de muchos delitos.

Los pasajeros ofrecen por lo tanto un muestrario de todo tipo de humanidad proletaria y marginal; algunos personajes son cómicos, pero otros dramáticos: “Pero si algo puede hacer sonreír, el espectáculo todo junto estruja el alma”.

La demora en descender a la tercera clase enriquece la espera, crea cierto suspenso en la narración:

Era la hora de la limpieza, la proa atestada, el cielo claro: todo parecía propicio. Pero no tardé en darme cuenta de que la empresa era menos fácil de cuanto preveía. Mientras pasaba entre la gente sentada, cuidando de no pisarle los pies a ninguno, oí decir a mis espaldas: ¡Paso a los señores! y, dándome vuelta, encontré la mirada de un campesino, el cual me miró con un aire que confirmaba osadamente el sentido sarcástico de la exclamación. Un poco más adelante, habiendo tendido la mano para acariciar a un niño, su madre lo atrajo hacia ella de mala manera, sin mirarme.

¡Qué afrenta para el escritor más amado de Italia! Un niño sustraído a la caricia del maestro de los buenos sentimientos, al autor de *Corazón* (“no puedo decir la pena que experimenté”):

Yo no había pensado en el estado de ánimo en que era natural que se encontrara mucha de aquella gente, mientras se agitaban aún en ellos los recuerdos de la vida intolerable, para cortar los cuales había decidido dejar la patria, encendido aún el resentimiento contra aquella diversificada falange de propietarios, exatores, administradores, abogados, autoridades, designados por ellos con el nombre genérico de señores, a los que creían conjurados todos en contra de ellos y autores primeros de su miseria. Para ellos, yo era un representante de esa clase.

Aquellos proletarios campesinos ignoran al individuo De Amicis, ven en él sólo a un burgués, un representante de la clase dirigente a la cual atribuyen la responsabilidad de sus éxodos. Cuando se dirige a proa, otros sarcasmos lo persiguen: “*Già, vegnen chi al teater*. Ese *vegnen* era para mí, naturalmente”.

No creemos que sea temerario considerar que éste es un episodio clave para todo el desenvolvimiento sucesivo no sólo del libro, sino también del pensamiento político de De Amicis hacia el socialismo. En este episodio, que De Amicis destaca con mucho *pathos*, da un vuelco otra vez la situación del espectador/espectáculo, pero en este caso por obra de los mismos protagonistas pasivos, los inmigrantes. Los

indios y los campesinos eran hermosos vistos desde lejos, desde la distancia. De cerca, eran feos. Pero los indios no hablaban, y si hablaban, sus palabras rebotaban en los espectadores blancos como sonidos sin sentido o, como mucho, onomatopéyicos. No sucede lo mismo con el inmigrante, que a fin de cuentas pertenece a la misma cultura del observador. Aquí es el inmigrante quien desenmascara al pasajero de primera clase que venía a gozar del espectáculo; no ajustándose al propio rol, interrumpe brutalmente el espectáculo y así es el observador el que se vuelve a su vez observado. De Amicis reacciona irritado, pero luego entiende: “¡Pobre buena gente! ¡Al fin son nuestros! ¡Qué no se daría por verlos contentos! ¡Cómo sería bello ser amado por ellos!”. Y en otros momentos en el bochorno del cielo cerrado: “¡Qué clase de malos bichos! ¡Pensar que si pudiesen nos harían morir a todos perpendicularmente!”. De Amicis no habla sólo de ellos, sino de sí mismo.

Este primer impacto con los emigrantes no es por cierto halagüeño para el escritor. Su escala de valores morales, tan consolidada, en la que cada acción es fácilmente clasificable en un orden en el cual el bien y el mal están nítidamente subdivididos en jerarquías rígidas, no le es de ninguna ayuda. El amor por la patria y por la condición de italiano constituye un sobrevalor que implica y condiciona a la vez sus principios éticos; su crisis es fundamentalmente una crisis de identidad en cuanto italiano. Sería mejor ser francés o inglés, poder recorrer el mundo escribiendo en santa paz, pertenecer a una prestigiosa comunidad nacional: “Experimentaba una sensación de amarga envidia por todos los que pueden recorrer el mundo sin hallar en cada parte miseria y dolor de la propia sangre”.

Ya no son los mismos

En una de las colonias de agricultores de Santa Fe volvemos a encontrar a De Amicis. Aunque hayan pasado apenas pocos días, la incomodidad del viaje, el malestar de asistir al desembarque de los emigrantes parece ya un recuerdo lejano. Ahora, en calidad de sereno cronista de sus experiencias argentinas, el escritor se muestra más optimista, como si hubiese borrado de la memoria las tristes imágenes del viaje, ese humillante espectáculo. En *In America* transcribe sus nuevas experiencias en la pampa con los colonos. Ya no son los campesinos desarraigados que llenaban la tercera clase los que De Amicis encuentra en la pampa de Santa Fe. Ya no son el componente estático de un paisaje secular, ya no se parecen a los resentidos pasajeros que se rebelaban a su mirada. Y, sin embargo, son los mismos emigrantes, pero ahora cultivan “su” tierra y están construyendo con el trabajo “su” paisaje:

Yo ya no reconocía más en ellos a los campesinos piemonteses. Es una transformación sorprendente. Las ropas, los rostros, seguían siendo aquellos, pero

todo el resto había cambiado. Los rostros mismos tenían un no sé qué de más abierto y más simpático, los modos no sé qué de más sueltos y de más cordiales. Parecía que, rota la envoltura que los tenía comprimidos, hubiesen tenido un inesperado desarrollo todas sus facultades del intelecto y del ánimo.

Lejos de esa colmena humana confusa y caótica donde la miseria alimentaba el resentimiento, la “envoltura”, justamente el cuerpo humano como un contenedor de posibilidades, ahora se transforma al contacto con la tierra.

El escritor ya no rechaza la imagen de Italia en el extranjero condicionada por la presencia de un proletariado miserable, pero tampoco se alinea con los que exaltan la creatividad del trabajo italiano, como el joven Luigi Einaudi: “Argentina sería aún un desierto, sus ciudades una mezcla de paja y de fango sin el trabajo perseverante, sin la audacia colonizadora, sin el espíritu emprendedor de los italianos”.

La sorpresa de De Amicis no excluye las virtudes individuales de estos campesinos y proletarios, pero al mismo tiempo exalta las posibilidades que ofrece la Argentina en cuanto permite a aquella “envoltura” humana expresar sus posibilidades de hombre en el trabajo y en el progreso. En este caso encontramos, como ya habíamos tenido la ocasión de constatar, una coincidencia con muchos observadores argentinos, a pesar de que el recorrido sea en dirección opuesta.

Así describe Sarmiento la evolución de los emigrantes en *La condición del extranjero en América*:

Se lo ve, al desembarcar, atravesar las calles en silencio, casi siempre por el medio, el traje gris de domingo es grotesco y vulgar, si es el de todos los días, revela una humildísima procedencia [...]. En Buenos Aires se opera la transformación del emigrante oscuro, encorvado al llegar, vestido de labriego o peor, azorado de verse en grandes ciudades, primero en hombre que siente su valor, después en francés, italiano, español, según su procedencia, y en seguida en extranjero, como un título y una dignidad [...]¹⁶.

Y tenemos acá una conversación entre dos argentinos que en un boceto de Fray Mocho asisten al desembarco:

Fíjese, amigo... pero hagase el que no mira, para que no cocean... Ha e ser triste la llegada a tierra extraña y sentir que lo están filiendo, ¿no?...? Y de donde vendrán todos estos? Parecen italianos por la cachorrada y los paraguas... ¿Ha visto? Un italiano podrá llegar sin saco u tal vez sin sombrero, pero de fijo trai

¹⁶ Sarmiento, Domingo F., *La condición del extranjero en América*, Buenos Aires, Luz del Día, 1953.

su paragüita abajo el brazo... A la cuenta creen que aquí vivimos sino mojados y se vienen desprevenidos...¹⁷

Y como conclusión:

Y decir, amigo, que nosotros los criollos que nos creemos tan vivos y tan civilizados no vamos sino reculando, ¿no? ¡Por que, mire, cada barco d'etos que llega al puerto trai de todo: ahí vienen maridos pa las hijas de familias ricas, patrones para las casas de comercio, estancieros que no sabrán lo qu'es un pingo pero harán galopar a la pionada, y sin fin de pajarracos desplumaos que pronto se pondrán desconocidos...!

Estamos frente a otra semantización del cuerpo del e/in/migrante campesino. Si tratamos de establecer una jerarquía en el orden abierto en esta exposición, encontramos una cadena de significantes: elemento estático del paisaje –hermoso desde lejos y feo de cerca– embajador proletario del propio país –responsable del futuro argentino– potencial contenedor de roles y funciones diferentes. Su transformismo, el “fregolismo”, se adecua al dinamismo americano que contrasta con el estatismo del mundo del campesino europeo.¹⁸ Sin embargo, el campesino que obtiene la tierra para trabajar, persiguiendo el sueño de “hacer la América”, transforma a su vez el paisaje americano al cual le imprime su propio sello personal. No es casual que Dino Campana, uno de los más grandes poetas italianos, que visita la Argentina, quede deslumbrado por la llanura. Tal vez su descripción de la pampa como un contenedor de esperanzas en un mundo nuevo pueda ser un homenaje a las ilusiones de los campesinos renacidos:

*La luce delle stelle ora impassibili era più misteriosa sulla terra infinitamente deserta: una più vasta patria il destino ci aveva dato: un più dolce calor naturale era nel mistero della terra selvaggia e buona. [...] E allora fu che nel mio intorpidimento finale io sentii con delizia l'uomo nuovo nascere: l'uomo nascere riconciliato colla natura ineffabilmente dolce e terribile: deliziosamente e orgogliosamente succhi vitali nascere alle profondità dell'essere: fluire dalle profondità della terra: il cielo come la terra in alto, misterioso, puro, deserto dall'ombra, infinito.*¹⁹

¹⁷. Fray Mocho, “La bienvenida”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1954.

¹⁸. Se refiere a Leopoldo Frégoli (1867-1936), un actor italiano que se hizo famoso por su “transformacionismo”, su habilidad para cambiar de vestimenta y de personalidad en el escenario.

¹⁹. Campana, Dino, *Canti orfici*, Milán, Rizzoli, 1989.

“La luz de las estrellas ahora impasibles era más misteriosa sobre la tierra infinitamente desierta: el destino nos había dado una patria más vasta: un calor más dulce era en el misterio de la tierra salvaje y buena. [...] Y entonces fue que en mi entumecimiento final sentí con delicia nacer el hombre nuevo: el hombre nacer reconciliado con la naturaleza inefablemente dulce y terrible: deliciosamente y orgullosamente jugos vitales nacer en la profundidad del ser: fluir de las profundidades de la tierra: el cielo como la tierra en alto, misterioso, puro, desierto de sombra, infinito”.